

Nuria Amat

**EL LADRÓN
DE LIBROS**



Bibliófila confesa, a lo largo de este volumen la autora muestra su pasión por el mundo del libro, junto con la de otros afectados por la bibliomanía que en algún caso, como el del que da título a la colección, puede convertirse en cleptomanía. Un recorrido por la enfermedad y su cura, la biblioterapia, que constata el efecto de las nuevas tecnologías sobre las bibliotecas y el inmortal poder del libro como objeto de deseo.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El ladrón de libros y otras bibliomanías](#)

[Prólogo](#)

[Historia personal del libro](#)

[Del libro de ritual al libro de bolsillo](#)

[El libro: objeto de pasión](#)

[Escaparates mágicos](#)

[La persecución de un título](#)

[Libreros de viejo](#)

[Día del libro](#)

[Erótica del libro](#)

[Espía de bibliotecas ajenas](#)

[Bibliotecaria avant la lettre](#)

[Biblioteca vivida](#)

[La biblioteca que otros llaman el universo](#)

[Catálogo ejemplar de influencias](#)

[El culto del libro](#)

[Memoria creativa](#)

[Bibliotecas de adorno y bibliotecas de trabajo](#)

[De crímenes y otras debilidades del adicto al libro](#)

[Incendio en la biblioteca](#)

[Selección de obras consultadas](#)

Diagnos de la enfermedad, cuatro casos de bibliómanos y una bibliografía

1.

2.

3.

4.

Bibliografía

El escritor informatizado

El yo electrónica y literariamente dividido

Del libro impreso al libro electrónico

La máquina o el olvido artificial de la memoria

El ladrón de libros

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

Lenguaje asesino

Discurso de ingreso a la Academia de Escritores Inteligentes y Máquinas Superinteligentes[9], por Nuria Amat,

y parlamento de contestación por la académica INTEL-
COMP 45, n.º de serie 2184, de nombre Conrad

1. La información científica al alcance de todos

2. Los escritores inteligentes, documentalistas modélicos

3. De la tecnología de la información a la tecnología del saber

Parlamento de contestación

Notas

El libro mágico, el libro absoluto, cuyos arcanos superan el límite de todo lenguaje, ¿no sería entonces más que el modelo de un cerebro electrónico?

ÍTALO CALVINO

A la memoria de mis padres

Prólogo

Pocas son las palabras que quiero avanzar a las que seguirán y explicitarán de un modo que espero resulte entretenido la razón de ser de este libro sobre el libro. Su estructura aparente podría conducir a pensar que se haya elaborado a partir de una selección de textos reunidos bajo una temática común a todos ellos. Método, por demás, justo y en ocasiones excelente, de presentación de volúmenes impresos. Contrariamente en este que ofrezco al lector, el libro como tema único de lo que cabría llamarse una monografía un tanto especial, ha sido siempre el motivo que ha impulsado y condicionado la existencia de sus partes.

Este es un libro personal. Las distintas facetas literarias, librecas, bibliográficas y bibliómanas que aquí se incluyen coinciden con las propias de mi mundo íntimo (pocas cosas son tan íntimas como las debilidades que uno oculta o confiesa) y profesional: literatura, escritura, bibliotecas, informática, documentación, libros y ficción. El intento, no sé si logrado en estas páginas, de complementar los oficios que he ejercido y continúo ejerciendo en un todo orgánico y sometido al denominador común que es el libro, admito que me ha sido vital e ideológicamente necesario. Aquí la prueba palpable que he hecho conmigo misma de que el escritor, en su tarea, sometido ahora más que nunca a las presiones no obligatoriamente terribles de la era electrónica, puede perfectamente continuar anclado en los gustos que la tradición le brinde, vivir su pacífico o ra-

bioso presente y adaptar a su libertad y posibilidades creativas la tecnología más avanzada, o incluso *literaria* que propone el siglo. No niego que sea esta la fusión o concomitancia de intereses encontrados a la que grata e imperiosamente he llegado luego de convencerme de que un escritor, en todo momento, debe ser el que es o nada en absoluto para no distraerse demasiado en sus textos imaginativos ni aburrirse en la miope distancia de los tecnificados.

Por eso me complace decir (y sin que se tome como un guiño arbitrario) que entre mis libros publicados, es este el más autobiográfico. Y que sea también, al fin, otro voto para que el libro, con todas sus representaciones conocidas o inventadas, no quede excluido de la prorrogada modernidad.

Historia personal del libro

Ser bibliómana a finales del siglo XX es en cierto modo correr una aventura. Admitamos, primero, que el vicio o la debilidad libresca está pasada de moda. Por demás, *bibliómano*, de permanecer estrictos a la definición del diccionario, es el término que designa a las personas que sufren la pasión de tener muchos libros raros. Y yo no los tengo. Cuando menos no en el sentido riguroso al que la voz hace referencia: libros valiosos de bibliófilo, ejemplares únicos o extraños. Si a fuerza de insistir he conseguido algunos de esta categoría ha sido casualmente. Hoy no basta con andar con lupa por los librerías de viejo (cada vez más exiguos en calidad y menos *aventajados* de decorado y contenido); se necesita tener dinero y ambición bibliófila.

Porque los libros resultan caros (aunque esta opinión es discutible), porque la compra habitual y *desmedida* de estos no es un placer popular como lo puedan ser el tabaco, la droga o la videomanía y, por otras razones que oportunamente desvelaré, coleccionar libros, en el umbral del año 2000, comporta una serie de peripecias y lances extraños típicos de aventura intelectual y, en ocasiones, también física.

DEL LIBRO DE RITUAL AL LIBRO DE BOLSILLO

Primero, la inevitable infancia. El interés que mueve a las personas a coleccionar objetos (trátase de medallas, monedas, sellos o ceniceros) guarda una cierta connotación ritual. Y en mi caso, por lo que a mi devoción libresca se refiere, el rito era doble pues los primeros libros que me sedujeron en tanto que objetos de deseo y hasta el límite de poseer todas las ediciones asequibles de aquella época, fueron los misales. Entre los siete y los once años conseguí, a fuerza de insistir mucho y desaprovechar otros regalos más propios de la edad, hacerme con una colección exhaustiva de misales. El texto era similar en la mayoría de ellos, de edición bilingüe los más (el latín y el castellano obligado en aquella época) y, ante mis ojos infantiles, de densa y retorcida lectura. Pero, por lo que creo recordar, no tan aburridos de leer como así les parecía a mis compañeras de curso. Recuerdo también que mi *devoción particular* me daba cierta fama de hipócrita pues quedaba claro que mi conducta escolar guardaba la proporción inversa a la aparentada por mis santas lecturas. Religiosa, en un cierto sentido, sí lo era. Había empezado a cultivar, sin saberlo, una especie de profesión de fe. Mi periplo iniciático alrededor del libro había comenzado.

Debí asociar el impuesto culto religioso con el culto voluntario al libro del cual este participaba de forma instrumental o secundaria y me recliné espontánea o deliberadamente en el segundo. Sin matices beatos. Por el contrario, vanidosos y no exentos de lujuria. Desde este punto de vista les debo un favor a las monjas.

Misales gruesos; imponentes para ser sostenidos por unas manos pequeñas pero al mismo tiempo manipulables; de cantos dorados, cuando estaban confeccionados

en superdelicado papel de biblia, o guillotizados en color sangre, si se trataba de los más sencillos. En el tipo de misal que un feligrés utilizaba se distinguía la diferencia de clase. Los lujosos, de presentación vistosa e impecable, y los pobres, con hojas de papel brillante, y hasta cierto punto, más basto, e impresos con un tipo de letra sorprendentemente grande pues debía suponerse que quienes rezaban con estos últimos padecían dificultades de lectura. Me gustaban todos, justamente por sus diferencias. Constantemente los abría y cerraba, a veces al azar y otras por las páginas señaladas con la cintita roja o verde. Me gustaba cambiar caprichosamente de página movida únicamente por el placer que me proporcionaba este ejercicio. Y, por encima de todo, me apetecía olerlos. Su olor me atraía enormemente y, como además era sagrado, no admitía comparación alguna, ni tan siquiera con un libro común a no ser que sus páginas fueran de papel cuché. En ese caso aceptaba introducirlo en la categoría de los libros que merecían la pena. Por el aroma que desprendían era capaz de distinguir, con los ojos cerrados y sin servirme del tacto, un misal de otro de entre los muchos conocidos. Podían ser nuevos, devotamente usados, o maltratados. El aroma variaba en cada ejemplar pero jamás se perdía del todo. Sus encuadernaciones de inevitable color austero (de la blanca encuadernación en nácar solo quedaban desperdigados restos) les proporcionaban la calidad mágica de libro importante o secreto. En este aspecto había también notables distinciones: los encuadernados en piel (verde, marrón, negra y burdeos), en cartoné (negro, sin excepción) y algún atrevido que lucía tapas llamativas de plástico. Detestaba, eso sí, el típico misal de monja. Olía a refectorio.

En la iglesia, los domingos, hacía una inspección sagaz de los misales de cuantos feligreses alcanzaba mi vista. Reconocía bastantes de ellos y me detenía con envidia y curiosidad frente al desconocido. Esta particularidad era

rápidamente captada por mis antenas. Confieso haber robado uno de esa especie. Distráido, solo y aburrido descansaba en un banco. Esperaba, qué duda había, a que mi mano se apoderara lenta y confiadamente de él.

Un buen día se esfumó para siempre mi etapa *misalera*. Quiero pensar que el gusto por la lectura en sí misma (nunca se puede decir a solas) fue el motivo que me llevó a superar, aunque no definitivamente, mi relación táctil, olfativa y visual con el libro para, como parece lógico, conceder importancia mayor al contenido de la letra impresa. Pero como no se trata aquí de realizar un itinerario sentimental por títulos y autores literarios, seguiré firme en la narración de los posibles significados e imposibles significantes que para mí ha tenido el libro considerado en su conjunto.

La satisfacción que encontré en la lectura debió de inducirme a arrinconar misales y biblias de bolsillo para colocar en las estanterías los libros de Editorial Juventud, Bruguera, Molino y Exclusivas Ferma. Florecía, por entonces, la industria editorial de los años sesenta pero con un número de títulos que tampoco se podría calificar de desmedido. Lo cual resultaba hasta cierto punto satisfactorio. Bastaba con la ilusión de ir coleccionando los ejemplares que iban apareciendo en el mercado sin que ellos fomentaran el conocido afán de poseer otros nuevos puesto que el ritmo de publicación de los mismos no era aún lo bastante rápido para soliviantar el ánimo.

Mi espíritu selectivo de lectura despertó al fin cuando la colección popular de Plaza y Janés, de aquellas tapas tan espantosas y antibibliófilas, se presentaba en los expositores de librerías, papelerías y quioscos y acabó de espabilarse con el recuento del fondo bibliográfico de Barral Editores. Por aquella época gastaba alegremente mis pequeñas pagas y mínimos salarios en comprar libros. Un cierto sentido de la estética me obligaba a desprenderme rápidamente, tan pronto llegaba con el libro a casa, de las

cubiertas horribles que algunas colecciones utilizaban como señuelo.

Comenzaba también a avivarse el sufrimiento crónico y amable a un tiempo (cuando parece momentáneamente curado), derivado de la imposibilidad de obtener aquellos libros, demasiados, que uno desearía poseer más que cualquier otra cosa en el mundo. Empezaron así las frustraciones, pero dado que no hay dolor sin placer compensatorio, se desvelaba simultáneamente mi pasión bibliómana que podría concretar en la ansiedad siempre realizada y nunca colmada de tener libros. Libros forzosamente escogidos, pero no siempre elegidos bajo un criterio sensato de capacidad y asimilación.

EL LIBRO: OBJETO DE PASIÓN

Los atacados por la pasión bibliómana no acostumbran a confesar enigmas y vicisitudes derivadas de su relación con los libros. Quienes mantenemos el culto del libro compartimos con él una especie de intimidad respetuosa, sagrada y oculta para los demás. ¿Es la bibliomanía una enfermedad vergonzosa? Una persona puede hablar o escribir a propósito de sus relaciones íntimas con cualquier otra, manifestar síntomas, desvelos e impotencias que su pasión conlleva sin que nadie llegue a escandalizarse por ello. Lo mismo ocurrirá cuando el objeto de la pasión sea un deporte, una expresión artística, una vocación o una ambición personal cualquiera. Cuando el objeto seductor es el libro, la relación íntima que se establece es doble e inquietante. Por un lado, el objeto inanimado y desechable representado por el libro. Un bien coleccionable, útil o inútil como cualquier otra cosa. Pero, a la vez, el objeto vivo, rico y eterno que también puede ser un libro. En esta ambivalencia: naturaleza muerta e inmortalidad por exce-

lencia, se explica que la manifestación del deseo libresco se halle conformada de misterios, ritos, frustraciones, silencios o felicidades. En la contradicción de ser el libro llama y ceniza al propio tiempo, reside también su inmenso atractivo para muchos. Su inconmensurable, para algunos, poder de seducción. Es el libro el objeto más rico en apariencias; en tanto que objeto seductor tal vez sea el más puro puesto que (parafraseando las tesis de Baudrillard), a la memoria y riqueza de pensamiento opone su silencio, su ausencia de deseo.

ESCAPARATES MÁGICOS

Conocemos algunos de los métodos empleados para combatir uno mismo sus depresiones cotidianas: ir de compras, visitar a un amigo, presenciar cualquier tipo de espectáculo, emborracharse o dormir. Pocas veces se intenta abreviar la depresión con la lectura. Cuando uno está deprimido no tiene fuerzas ni para leer –se acostumbra a decir–, pero, y se trata de un hecho comprobado, algunos combatimos estos bajones vitales curioseando librerías y adquiriendo muchas veces el libro o libros que más nos apetecen en aquel momento.

Entrar en una librería bien surtida (de las que ya no hay) me produce una excitación particular. Satisfacción de disponer a mi arbitrio de una suerte de gabinete mágico. Pero, además, a diferencia del placer que proporciona la visita a una biblioteca, los libros en venta llevan todos ellos una invisible etiqueta llamativa. ¡Están ahí para nosotros! ¿Por dónde empezar? Es la primera pregunta que debe formularse mientras tratamos de aparentar firmeza y serenidad. En ese momento, y solo cuando la librería se merece mi exaltación bibliómana, los nervios incordian mi intestino. Creo no ser la única persona sometida a esta